

EL TETRAMORFO

LOS SÍMBOLOS DE DIOS COMO REY DEL MUNDO

El emperador y el Papa, como gran sacerdote visibles en la tierra, son los que hacen de mediadores entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra. El simbolismo cósmico se organiza alrededor de los cuatro puntos cardinales y el centro. Hacen referencia no sólo al espacio sino también al tiempo. Así, al este le corresponde la primavera, el nacimiento de los seres; al sur el verano; al oeste el otoño, la muerte, el sol poniente; al norte el invierno, el reposo. El centro es la tierra. De la misma manera al macrocosmos le corresponde el microcosmos. Y el esquema se repite de forma concéntrica e indefinida. Esta organización del mundo en zonas concéntricas y en estadios superpuestos (el cielo, la tierra y los abismos), no es estática. Su buen funcionamiento depende del Centro regulador, sede del poder político y mágico-religioso (el Rey, el Santo). Entre los dos mundos, Cielo y tierra, hay un enlace, una comunicación, un eje, un pilar, situado en el centro del mundo. A la tierra la podemos imaginar como una caja cuadrada de un carro, como los 4 pilares que sostienen el baldaquín (redondo como el cielo). Este enlace del Cielo con la tierra se establece a través del árbol o la piedra. Es como el *gnomon*, el centro de la ciudad, la montaña sagrada o el pilar. Todas estas formas del eje central cósmico se corresponden con el Rey o el Santo, pero en sentido dinámico. Ascienden y descienden a través de las alas, la escalera, el carro, la torre o la montaña.

Así por ejemplo, en una estatua de Carlomagno que se encuentra en la iglesia de Mustair (Suiza), el emperador de pie tiene un cetro en su mano izquierda, en la derecha el globo terráqueo con una cruz superior y lleva una corona característica.

El cetro es como la vara de mando. Indica verticalidad, es el hombre en cuanto que ha recibido el poder de la divinidad y por tanto tiene la superioridad sobre los demás. El cetro viene a ser como una estilización de la columna, la torre que otras civilizaciones explicitan en la persona del rey o del sacerdote.

La corona contiene en sí misma un simbolismo cósmico. Tiene una forma circular y en los cuatro puntos cardinales tiene cuatro arcos como *imago mundi*. Es el mismo esquema cósmico de la Jerusalén celestial. Cetro y corona expresan los emblemas del soberano como mediador entre Dios y los hombres. El globo terráqueo es símbolo de totalidad; implica una afirmación de su soberanía universal, no en el sentido de que gobierna a todo el mundo, sino sobre su reino.

En la figura se puede ver al emperador Otón III, hijo de Otón el Grande, a quien tributan homenaje las cuatro partes de Europa ofreciéndole su globo (1002). Los Papas coronan a los emperadores y se sienten solidarios del gobierno del mundo.

El vestido también es evocador porque permite descubrir en el agujero central el paso entre los dos mundos de manera simbólica. Así una casulla circular con el agujero por donde debe pasar la cabeza, es usada tanto por los emperadores como por los sacerdotes. Tiene una dimensión cósmica, axial.

El trono está elevado; nos recuerda la montaña o el eje cósmico. Los autores cristianos han visto en la cruz plantada en el Gólgota el trono cósmico desde el cual el Salvador señorea el mundo. A veces los tronos se sitúan encima de una caja cúbica (tierra) y tienen un baldaquín abovedado encima (cielo). El tema iconográfico del trono vacío de Cristo o *hetimasia*, era una manera de asegurar la presencia invisible y anticipar la hora en que vendrá a juzgar al fin de los tiempos.

Hay otra forma, menos conocida, de sistema axial. Se trata de la **copa**, que se la representa con cuatro conos más pequeños. Es otra forma de expresar la *imago mundi*. Representa la divinidad en su trono. La copa es el punto axial, símbolo de las relaciones benéficas entre el cielo y la tierra, receptáculo de la bondad divina y de la acogida de los fieles. Así se representa la copa (el cáliz eucarístico) al pie de la cruz o el *Graal*. A veces las columnas vienen adornadas por serpientes. Se trata de la serpiente cósmica, imagen del mundo. Se concibe así la imagen cósmica como un trono de la divinidad.

El baldaquín real o parasol ceremonial forman parte también de esta cosmovisión. Es la figura del cielo. Se corresponde al símbolo del trono y reemplaza a veces al soberano o a la divinidad. En un fresco del oratorio de San Silvestre en Roma (s XIII) se ve al Papa ofreciendo a Constantino la tiara cónica, mientras que el personaje situado del lado del emperador le corresponde con el parasol ceremonial. Otro personaje guarda la corona cuadripartita de Constantino. (*El Papa Pablo VI renunció a la tiara pontificia para poner de relieve la renuncia a toda dominación temporal, que es lo que representa la terca corona*).

El trono normalmente se amplifica con una tarima rectangular y una cúpula o respaldo. La primera es una imagen de la tierra (tarima); la segunda del cielo (el respaldo redondo). En el ejemplo de Carlos el Calvo (846) se resume lo antedicho. Llama la atención el velo que representa el firmamento, detrás del cual aparece el cielo (la casa de Dios). Nos viene a decir que el poder viene de Dios. El rey es el representante de Dios en la tierra. Las lámparas expresan la presencia divina. La flor de lis nos indica la condición axial del trono. Porque sitúa al monarca como centro del mundo.

Imágenes parecidas se pueden observar en los siglos X y XI. Jesús sobre el trono, corona a reyes antes de cederles su sitio. Asisten serafines y querubines rodeados por los cuatro vivientes del Apocalipsis. El poder terrenal, no viene a decir la imagen, es de orden teológico. Cristo mismo se presentará como soberano del universo

HACIA LA IGLESIA ROMÁNICA.

La fachada de una iglesia románica es como la cara del hombre; el espejo de su mirada interior. No podemos mezclar nuestra mentalidad moderna con la mentalidad medieval. Como un icono oriental, la obra románica va más allá de la simple observación visual. Expresa otra realidad más allá de lo que representa. En el símbolo vemos una cierta presencia invisible a los ojos. Aunque todo lo que está en el interior es viviente. Más en concreto, la fachada no es algo material, estático que se capta desde el exterior. La fachada románica es algo vivo que nos interpela; la realidad total. Al contemplar la obra, con una mirada interior, aparecen todos los resortes escondidos en la obra (a veces inapreciables a simple vista). Una iglesia viviente, como la fachada, pone en movimiento muchos personajes, humanos o fantásticos. Todos los elementos recobran vida: el altar, el velo del santuario, los ángeles, los vivientes,...No importa si hay guerreros armados o luchadores. Los artistas medievales expresan la realidad de su tiempo y su vida no tiene nuestra lógica. A la Jerusalén celeste la representan como un cuadrado; a la iglesia como un microcosmos rodeada por la serpiente cósmica (tal como nos la muestran los Beatos).

EL PÓRTICO es una réplica de la fachada y por tanto de la Iglesia entera. Las correspondencias son de orden simbólico. El portal es el lugar de paso. Llama a una iconografía precisa como expresión del espacio y del tiempo 'sagrados' a los cuales da acceso. Si nos adentramos hacia el interior del edificio, los capiteles nos marcan los hitos a seguir. La nave es expresión de nuestro itinerario terrenal y está separada del ábside y la bóveda semiesférica que expresa el mundo superior, el Cielo, el ámbito de Dios y de los santos. El paso de uno al otro se hará a través del altar.

Pero esta ruptura ya está indicada en el pórtico de entrada. Por un lado los personajes guardianes nos ponen en guardia de la separación entre lo profano-exterior de lo sagrado-interior. Por otro lado los símbolos específicos nos indican quien es el mediador. Puede ser una cruz, el resucitado con las llagas, el crismón, el *Agnus Dei*... Como las vírgenes sabias se ha de tener el aceite preparado de las lámparas para poder entrar. Decía San Agustín, que el aceite es la caridad. Por eso en los pórticos se representen los vicios y las virtudes.

La *Psycostasi* de Prudencio es una de las claves del simbolismo arte románico. Con ella se puede entender más fácilmente el tema del juicio final. Ante el Señor Juez de vivos y muertos, cada uno recibe el salario justo según sus obras. A la derecha de Cristo se reserva a las ovejas, el cielo; a la izquierda, los machos cabríos, el infierno. En el centro San Miguel pesando las almas (*psycostasi*), y la luchas de los diablos por llevarse a los condenados al infierno.

Hay que tener en cuenta que en la época románica esta puesta en escena no era sino un simple accesorio. El juicio no empezaba a realizarse todavía sino que era la revelación de algo más importante: la manifestación de Cristo como el Trascendente, dueño y señor de la vida y de la muerte, Salvador de todos lo que le dan su adhesión y a los que manifiesta su Amor. Es el Dios hecho hombre. Esta es la realidad. La vida y la muerte son sólo espejos. El nos hace experimentarnos libres. Y por tanto somos libres de situarnos a su derecha o a su izquierda.

En la época gótica algunos tímpanos siguen el mismo esquema. Pero pronto la copia de la naturaleza visible ya no será capaz de anunciar lo invisible. Es la entrada en el renacimiento y en el barroco.

EL CRISTO CRONOCRÁTOR

El pórtico románico expresa en dos direcciones – la vertical y el círculo - las líneas fuerza del simbolismo del rey del mundo.

Es común colocar de forma semicircular, a partir de un motivo central, los distintos elementos dispuestos como los rayos de una rueda. Los distintos arcos muestran una escalera vertical que materializan la orientación del conjunto hacia el zénit. El eje vertical se descubre por encima de la figura de Cristo situado en el centro del tímpano. También pueden encontrarse otros elementos clave como la cruz, el cordero, el crismón, la crucifixión, el árbol de la vida, *la dextera Dei* (mano divina), los querubines,... que son como una repetición del mismo Cristo o sus prefiguradas. Estas pueden ser : Abraham, Moisés, Sansón, Daniel...El pórtico románico de Soria es un ejemplo.

El círculo anual

Igual que Cristo está en el centro del tímpano, hay otra orientación zenital que viene representada por la rueda organizada alrededor de su centro. Es una réplica de la rueda o círculo, que expresa el calendario anual. El lugar central ya no lo ocupa la personificación del año, sino Cristo, sol de justicia, símbolo del sol y de la luz, indicándonos con ello el tiempo litúrgico. Él ocupa el lugar que para los antiguos ocupaba Apolo (Helios), o los emperadores romanos. Un ejemplo lo tenemos en la necrópolis Vaticana del s. III representado en un mosaico musivario. Cristo como nuevo Apolo es tirado por cuatro caballos solares. La representación del mesologio y del zodíaco también se encuentra en una imagen de la sinagoga de Bet-Alfa en Israel. Los motivos paganos del zodíaco (con los 12 signos) en representación del espacio, y del mesologio (los 12 meses) en representación del tiempo, son transportados a la iconografía cristiana.

Esta idea de círculo es importante para el hombre medieval. Para él, todo lo que tenga relación con el año, estaciones, etc, tiene que ver con lo imperfecto, porque no se para jamás. Está como inacabado. Termina y vuelve a empezar, como en una espiral, lo cual implica una imperfección radical. En ella reposan todas las religiones cósmicas o naturales. Es el eterno retorno o el tiempo cíclico. No se llega a romper el círculo absurdo y perpetuo del inicio.

Annus preside el calendario romano, pero cuando en la época románica el centro lo ocupa Cristo, el Año se desplaza. (Cfr. el tapiz de la creación de Girona) Para el hombre medieval existe un *continuum* espacio-temporal homogéneo. A su lado se representa el sol y la luna como el balanceo natural entre el día y la noche. Él manda su aparición o desaparición, el que hace suceder los meses y las estaciones. (el tiempo). Pero también gobierna la situación del espacio, como nos lo muestra el pórtico de Ripoll.

Es imposible que las concepciones paganas tengan su correspondencia bíblica sin hacer referencia a los escritos de los primeros siglos de la Iglesia, especialmente la de los gnósticos

Dice Zenon de Verona: *Cristo es el día verdaderamente eterno y sin fin porque tiene a su servicio las 12 horas en los Apóstoles y los 12 meses en los profetas.*

Para San Cipriano las 12 horas y los 12 meses simbolizan los 12 Apóstoles, las 4 divisiones del día y las 4 estaciones simbolizan los 4 evangelios.

Dice Hipólito: El Salvador, el Sol, levantado de la tierra, se ha mostrado a los 12 Apóstoles como las 12 horas, tal como dice el Sal 117,24: *Es el día que ha hecho el Señor.* Y los 12 meses, como los 12 Apóstoles son el año perfecto, Cristo según Dt 33,14.

Cuando Isaías dice: *'Anunciaré el año de gracia del Señor (Is 61,2)* – subraya Prófilo - es porque el día, el sol, el año estaban en Cristo; por eso hay que llamar horas y meses a los Apóstoles.

Una tradición rabínica dice: Las tribus están determinadas por el orden del mundo: 12 horas, 12 meses, 12 signos del zodiaco y 12 tribus de Israel.

En la tradición cristiana el solsticio de verano se celebra el 24 de junio (San Juan Bautista) justo el momento en que el zénit llega a lo más alto del firmamento. Cristo será el Dios-sol. Pero hay una diferencia: mientras que en la plano natural después del solsticio de verano el sol empieza a descender, en clave cristiana no. En Cristo el tiempo parece como suspendido, eterno; es el HOY de la liturgia; el tiempo sagrado.

El signo de Cáncer es el signo del solsticio de verano y tiene la propiedad de variar del sentido ascendente al descendente del sol. En los pórticos romanos el Cáncer está en el centro, como símbolo de Cristo, aunque en el punto más alto, como el sol eterno, sin principio ni fin. (En el templo de la Sagrada Familia, el signo de cáncer se encuentra en el centro del portal del nacimiento).

EL CRISTO COSMOCRATOR

La visión de Juan

En el Apocalipsis Juan dice ver el trono de Dios rodeado por 24 ancianos, vestidos de blanco, con coronas de oro y cuatro vivientes: uno como águila, otro como toro, otro como hombre y otro como un león. Llevan cada uno seis alas. Es la descripción de la liturgia celeste, una alabanza al creador y al señor del cosmos. El canto: *Santo, santo, santo*, es una invocación a la trascendencia

divina y a su preexistencia. Las coronas son los símbolos de los que han de gobernar el mundo. Luego entra en escena el Cordero de Dios (*Agnus Dei*), el Verbo encarnado, Cristo resucitado. Algunos pretenden ver en los 24 ancianos, la organización del culto davídico en su intento de simbolizar una grandiosa liturgia cósmica. El 4 y el 24 son los ritmos de los ciclos naturales. (4 estaciones y 24 horas), una imagen dinámica del mundo. Las 4 estaciones zodiacales marcan los solsticios y los equinoccios. La cuaternidad fundamental marca la visión y le da un simbolismo cósmico universal. El 4 expresará en lenguaje bíblico universalidad. En el Apocalipsis los 4 caballos anunciarán los 4 ríos mayores. Los 4 caballos con vestimenta de colores representan los cuatro puntos cardinales (blanco, rojo, negro y verdoso). Los 4 ángeles con las plagas a los cuatro rincones de la tierra. Las 4 murallas de la Jerusalén celestial, miran hacia las 4 direcciones cósmicas. Las 3 puertas de cada lado hacen referencia a los 12 Apóstoles y las 12 tribus de Israel, como prefiguración de la totalidad del universo espiritual. Es la representación del pueblo de Dios, es decir, de toda la humanidad, porque en mentalidad semítica, según la Torá, no se puede concebir nada en la tierra que no haya sido prefigurado en el cielo.

Este modo de pensar ya estaba prefigurado en el campamento hebreo en el desierto, el Tabernáculo. El campamento tenía una representación cósmica. En el centro la tienda de la reunión, el Tabernáculo, donde estaba la presencia de Dios, el *sancta sanctorum*, el arca, la ley.

Alrededor del templo, en forma cuadrada, las 12 tribus de Israel, distribuidos en cuatro campos formados en grupos de 3, tal como lo prescribía la ley. Se sigue un orden circular empezando por Oriente y según el sentido del recorrido del sol y del día. Las 12 tribus reflejan el movimiento de los 12 signos del zodiaco según el transcurso del sol durante el año. De esta manera el campamento hebreo se convierte en un cosmos sacralizado. Está orientado hacia el este, como lo será el templo de Jerusalén y después las iglesias cristianas. El cuadrado con tres puertas nos recuerda el templo de Ezequiel y el del Apocalipsis, es decir, la Jerusalén celestial.

El trono de la divinidad nos recuerda el punto cósmico en donde se unen las cuatro orientaciones cósmicas (o carro divino). Ezequiel introduce el concepto de *Carro de Yahvé*. El targum del pseudo-Jonatan nos habla de que las tribus se agrupan bajo cuatro emblemas; precisamente los del tetramorfo: para el león: Isacar, Zabulón y Judá; para el hombre: Rubén, Simeón y Gad; para el toro: Efraín, Manasés y Benjamín; y para el águila: Dan, Aser y Neftalí.

La tradición judía hace coincidir cada una de las letras del tetragrama del nombre divino **YHVH** al tetramorfo. La Y corresponde a hombre; H a león, V a toro, y la segunda H a águila. El carro simboliza las acciones divinas en el mundo. La voluntad del Verbo que actuaba ya en el mundo celestial, pasa ahora a actuar en el mundo sensible.

San Ireneo (+ 202) designa a cada Viviente a un evangelista. Dice: Hay 4 evangelios porque hay 4 regiones del mundo para evangelizar, así como existen 4 vientos y 4 puntos cardinales.

Después fue San Hipólito de Roma (+235) quien establece una correlación entre los 4 evangelistas con los 4 ríos del paraíso (Geón, Fisón, Tigris y Éufrates). Tal como vamos viendo, a la imagen del cosmos heredado de la Antigüedad, le corresponde una imagen cristiana del cosmos.

El profeta Ezequiel fue el primero que propuso la visión de las ruedas y las alas aplicadas a la divinidad. A fin de que Dios pueda desplazarse en su carruaje (o carro) constituido como trono le pone unas pequeñas ruedecitas. Esta representación ya se utilizaba en los Beatos. Con todo el estilo románico nos refleja una contradicción: mientras Dios se acerca al hombre, el hombre huye de Dios.

La iconografía románica se impregna también de la visión del profeta Isaías. Es la visión del todopoderoso y del omnipotente. Cuando en lugar de Dios se pone a Jesús resucitado nos quieren decir que Jesús es Dios. Las manifestaciones de Yahvé en el Antiguo Testamento son anticipaciones de lo que tendrá lugar en el Nuevo Testamento. Un ejemplo: la manifestación de la gloria divina en el monte Tabor con la transfiguración, es una teofanía que se corresponde a la de Moisés en el monte Sinaí.

Isaías en su visión nos habla de serafines que forman como la nube de Dios. Llevan 6 alas. La tradición bizantina los relaciona con los dos querubines que estaban encima del arca de la alianza, con las alas desplegadas, cara a cara. La iconografía cristiana de los primeros siglos, utilizará los serafines como los que rodean y recubren a Cristo resucitado, para expresar así su divinidad

La iconografía del tetramorfo

La primera representación del tetramorfo cristiano expresando a los 4 evangelistas está fechada en el año 420 en un evangelionario de Milán. Después aparecen en los evangelios de Lindisfarne, Lotario y el de Luis el Piadoso. Toman el relevo los Beatos (s X y siguientes).

En otra línea, los 4 vivientes expresan también la visión del Dios omnipotente. Cristo se identifica con Dios. Los símbolos preferidos son el Cordero y la Cruz. Esta visión aparece, a partir del s V, en los mosaicos de Ravena, Roma, Milán y Nápoles. En el s X en los Beatos. Más raramente los Vivientes aparecen en torno a María y al Niño.

EL TEMPLO ROMÁNICO

Podemos decir que el edificio románico en su conjunto es como un eje cósmico, la montaña del mundo, escalera de salvación o la *imago mundi*. Un eje central con cuatro torres referidas a los 4 puntos cardinales.

Le monde des symboles
Gérard de Champeaux
Dom Sebastien Sterckx
Ed. Zodiaque, 1989
pp 375-444